

EL FIN DE LA HISTORIA, ¿DESCUBRIMIENTO O DISEÑO DE UN FUTURO?

Mario Miranda Pacheco*

Ocuparse de un artículo cuyo tema es el fin de la historia, publicado hace dos años,** parecería comedimiento extemporáneo; sin embargo no es así, dada la naturaleza de un tema que no se circunscribe a la eventualidad de un artículo. Los acontecimientos internacionales inducen a interesarse por lo que se dice acerca de la historia, mucho más ahora que se afirma con vehemencia que “la historia en tanto tal” ha terminado, ha llegado a su fin. Las implicaciones de esta tesis son significativas y su análisis contribuye a hacer más lúcida la época que vivimos.

El artículo tuvo difusión acelerada y ciertas élites lo leyeron con avidez y sorpresa. Francis Fukuyama, su autor, respondió a sus críticos*** afirmando que “derramaron litros de tinta” pero que “el verdadero logro fue dar lugar a un extraordinario consenso universal, no sobre el estado actual del liberalismo, sino sobre el hecho de que estoy en un error y que, en realidad, la historia no ha terminado”. “Sin embargo –agrega– ninguna de las objeciones que se han hecho a mi tesis me parece decisiva y las que podían haberlo sido nunca se plantearon”. Para reforzar su afirmación, añade: “gran parte de las críticas son resultado de una mera malinterpretación” y que “será preciso atravesar varias capas de malentendidos antes de llegar a quienes no sólo comprendieron lo que yo trataba de decir sino que además reconocen el espíritu con que lo decía”. El autor separa los malentendidos en tres “capas” o conjuntos que serán comentados en este trabajo.

Me ha parecido conveniente anotar la que antecede con el fin de no perderme en caminos intrincados. Para recorrerlos no me asiste el propósito de plantear “objeciones decisivas”, ni de analizar “el estado actual del liberalismo”, que es lo que preocupa a Fukuyama, y mucho menos aún contemplar las virtudes del “estado universal homogéneo”, supuesta entelequia hegeliana y elemento esencial de sus reflexiones. Lo que pretende es algo más sencillo: expresar lo que, a mi juicio, representa el trabajo citado.

I

Fukuyama establece una sutil diferencia entre “comprender” su artículo y “reconocer” el espíritu con que ha sido elaborado. En ello tiene razón. No es lo mismo comprender al entramado de su análisis que reconocer la finalidad o intención de sus proposiciones. Una lectura motivada por esta distinción permite percibir el espíritu de un descubridor en trabajo; para decirlo de otra manera, pienso que plantear y describir el fin de la historia, dadas las condiciones actuales del mundo, equivale a mostrar el hallazgo de una realidad ignorada. En ello radica su originalidad. Es tan

* Profesor de carrera de la Facultad de Filosofía y Letras. Imparte clases en la licenciatura y el posgrado de Estudios Latinoamericanos.

** “¿El fin de la historia?” (The National Interest, No. 16, verano 1989, pp. 3-18).

*** “Debate sobre ‘¿El fin de la historia?’” (Facetas, publicación trimestral de la U. S. Information Agency, No. 89, pp.8-13).

preciso su trabajo de descubridor que el propio título del artículo ha sido escrito en términos de una interrogación. “¿El fin de la historia?”. Esa pregunta refleja una gran dosis de incredulidad, semejante a la que en un primer momento provoca lo insólito. La historia de los descubrimientos, sea cual fuere su índole, está llena de asombros, perplejidades e interrogantes donde el juicio revelador de una nueva realidad se apacigua en el ritual de la duda; mas cuando se pretende aclararla para mostrar lo que estuvo oculto, entonces, ese juicio, o quién la formula, elige inicialmente el impreciso camino de lo probable, antes de llegar a una modalidad asertórica más definida. En el trabajo de Fukuyama se observan estos pasos con toda nitidez, al punto que la duda preliminar del descubridor se convierte en rotunda convicción teñida de nostalgia por una historia que se acaba.

Los descubrimientos tienen trascendencia en la medida que alteran el tejido de creencias y representaciones humanas. Descubrir la redondez de la tierra o la ley de la gravedad, para hablar de hechos ya triviales, ha significado la ruptura de muy fuertes representaciones de la realidad. Ahora que el mundo está atiborrado de historia, descubrir su fin y terminación equivale a mostrar una situación desconocida, por lo menos no percibida por la aplastante mayoría de la humanidad. En los hechos, significa una ruptura de la representación de la historia para instalar en ella el episodio final de la más prodigiosa aventura del hombre; por ello demanda gran esfuerzo hacerse la idea de que ésta hubiera terminado.

Según Fukuyama el fin de la historia asume modalidades, condiciones y situaciones específicas. Las primeras ya se han cumplido en los países desarrollados porque encarnan los atributos de la democracia occidental, los principios del liberalismo económico y político y los valores de la cultura consumista. Estos países, de hecho, ya están en el “otro lado de la historia”, o “posthistoria”. Los países socialistas tienen la opción de pasar al “otro lado de la historia”, en particular China y la Unión Soviética, siempre y cuando cumplan condiciones tales como abandonar la “ideología expansionista del marxismo-leninismo”, desideologizar sus relaciones internacionales, abolir la planificación centralizada de sus economías, renunciar a su papel de “vanguardia” de la humanidad. En la que concierne al Tercer Mundo, “esta enorme masa” padece la situación de estar “profundamente empantanada en la historia” y que, por tanto, “seguirá siendo un lugar de conflicto durante largos años”.

En este atlas de la posthistoria su descubridor incluye dos elementos de distinta índole: la religión y el nacionalismo. No le faltan argumentos para distinguir dinámicas y perspectivas distintas pero llega a la conclusión de que ni los fundamentalismos religiosos (particularmente el islámico) ni los nacionalismos de posguerra representan una alternativa para seguir animando aquello que ha terminado: la historia.

En el fin de la historia se consolidará un estado de cosas totalmente distinto del que conoce la humanidad. Según su descubridor, “el fin de la historia será un periodo muy triste. La lucha por el

reconocimiento, la disposición de arriesgar la vida por una causa puramente abstracta, el combate ideológica mundial que llama a la audacia, el coraje y la imaginación, todo esto será reemplazado por el cálculo económico, la búsqueda interminable de soluciones técnicas, las preocupaciones relativas al ambiente y la satisfacción de exigencias de consumidores sofisticados. En la era posthistórica, no habrá ya sino el entretenimiento perpetuo del museo de la historia de la humanidad". Esta descripción, por sí misma, podría confundirse con cualquier predicción inocua del futuro; sin embargo, para acotar sus alcances, vale la pena considerar algunos aspectos significativos.

La ideología oficial estadounidense, en la segunda mitad de este siglo, está orientada a mostrar una idea del mundo semejante a la que ofrece Fukuyama. Sus medios de comunicación le permiten metabolizar intermitentes estados de conciencia para forjar una mentalidad homogénea; en ello prevalece la finalidad de acicatear la consumación de una utopía puritana, fundada en el igualitarismo del poder político, el gran capital y el complejo militar-industrial de ese país. "El fin de la historia", discurso concebido al margen del poder, como su autor dice, no se sustrae del proyecto homogeneizador e igualitario. El espíritu con que fue concebido y que le otorga carácter de descubrimiento, se ha convertido en espíritu de un diseño despersonalizado del futuro.

Pocos pero exitosos han sido los esfuerzos para dotar a las élites norteamericanas de discursos-descubrimiento. Recordemos "el destino manifiesto", la "doctrina Monroe", el catastrofismo neomalthusiano diseñado para los países periféricos, las reglas de Clausewitz aplicadas a la guerra fría, o la "doctrina de seguridad nacional" impuesta a los países latinoamericanos. Todas ellas son ideologías ajustadas a coyunturas específicas que conforman la visión estadounidense del mundo.

Esto quiere decir que los reactores ideológicos del "establishment", como sus equivalentes nucleares, desataron su energía desde la cima del poder y sus "descubrimientos", a la par que amalgamaron con más fuerza los componentes igualitarios del sistema, alternaron creencias, relaciones y representaciones del contexto internacional. A diferencia de ese pretérito cumplido pero activo, hoy nos encontramos ante un texto distinto, tan distinto que en la tersura de su formulación interrogativa "¿el fin de la historia?", se extiende lo más sustantivo de una hegemonía que acaba de dibujar su perfil en las arenas del Cercano Oriente. ¿Es esta una ironía de la historia? Los vientos erosivos del desierto nunca han cesado de cambiar esas arenas.

Lo que Fukuyama muestra ante "la estrechez de miras de la clase política de Washington" es la posibilidad real de asegurar la hegemonía de un sistema en dos mundos: uno que "emerge del otro lado de la historia", lo que "se espera" de los países socialistas, y otro "profundamente empantanado" en ella, pero que en ese empantanamiento –aunque el autor no lo dice expresamente– la historia de este último seguirá dependiendo del otro lado. En otros términos, la historia del Tercer Mundo seguirá siendo una historia cautiva. Es aquí donde el descubrimiento del

fin de la historia justifica el uso de signos interrogativos. ¿El fin de la historia en *tanto que tal* (esto es historia universal) o la terminación de sólo cierta historia? ¿Puede cierta parte del mundo liberarse de la historia sin liberar la historia de la otra?

Los descubrimientos obviamente, nunca son totales, ni siquiera exhaustivos. Lo que a distancia se ha descubierto en la luna corresponde a su lado visible. Hubo necesidad de disponer de una tecnología desconcertante –lo cual implica acumular y administrar parte de la historia inacabable del conocimiento humano– para llegar a ese cuerpo celeste. Aun así, su lado visible (no hablemos de su lado oscuro) sigue siendo sólo un muestrario de indicios e incógnitas. El descubrimiento del fin de la historia tiene cierta semejanza con esta experiencia científica y tecnológica. Muestra indicios que pueden ser falsos así como incógnitas indescifrables para el futuro.

Para anunciar el fin de la historia hubo también necesidad de acumular y administrar una historia inacabable: instalarse en la era atómica, controlar gran parte de la economía mundial, llegar a ser árbitro planetario. En este lado visible de la historia los indicios se hicieron más claros: “universalización de ‘la idea occidental’ bajo la forma de democracia liberal”, “estrepitosa victoria del liberalismo económico y político”, “difusión inevitable de la cultura de consumo”. Estas señales ostensibles de la época aniquilan y les dan muerte a “ideologías que tienen la pretensión de ser ‘vanguardia’ de la humanidad”, reducen la vida internacional a “asuntos de economía” y revelan la incapacidad congénita de fundamentalismos religiosos y nacionalismos de posguerra para activar la historia. Estos indicios marean “el fin de la historia” y hacen ver que los países desarrollados, particularmente Estados Unidos, “ya han emergido del otro lado de la historia” y que, por tanto, al acabarla ya están fuera de ella.

Esto de acabar la historia y emerger del otro lado de ella conduce a analizar los asuntos más candentes de la época, porque implica no estar al alcance del tribunal de la historia. Fukuyama omite esta cuestión de manera total. No se refiere a ella en ningún momento.

No obstante esta omisión, el descubrimiento del fin de la historia muestra respuestas para accionar el desacoplamiento de la historia universal y con ello la segregación “quirúrgica” de toda responsabilidad, sanción o impunidad. Al percibir esta implicación de fondo, no es difícil reconocer que en el artículo de Fukuyama está presente un espíritu, el poderoso espíritu de un sistema que asume como cierta e indisputada su capacidad de armar y desarmar, unir y desacoplar la historia del mundo.

II

La causalidad, el azar, lo imprevisto son situaciones que se presentan en diversos descubrimientos y más aún en la historia real cuyos hechos acaecen borrando fronteras entre el

azar y la necesidad. Quienes participaron en el descubrimiento de América –sin proponerse su hallazgo específico– encontraron otro continente, otro mundo distinto del que por entonces conocían. Con un poco de imaginación puede suponerse que Francis Fukuyama buscaba delinear "otra" historia, una historia distinta de la que viene del pasado y se precipita al futuro, pasando por guerras calientes o frías y a través de otros medios deplorables.

Hay materia indiciaria para asumir esta conjetura y está en el segundo párrafo de su trabajo. Leamos: "Sin embargo, todas estas personas (se refiere a articulistas que escriben 'estudios superficiales' sobre los acontecimientos contemporáneos) sienten sombríamente que un proceso importante está en vías de ponerse en marcha, un proceso que confiere orden y coherencia a los grandes titulares de los periódicos. El siglo XX ha visto al mundo desarrollado hundirse en un paroxismo de violencia ideológica: lo que fue primeramente la lucha del liberalismo contra los últimos bastiones del absolutismo, después del bolchevismo y el fascismo, y por último contra un marxismo modernizado que amenazaba arrastrar al mundo en el apocalipsis de una guerra nuclear. Pero este siglo que en sus inicios tuvo plena confianza en el triunfo definitivo de la democracia liberal accidental, parece estar, al final, terminando un círculo completo, en vías de regresar al punto de partida: no al 'fin de las ideologías' o a una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se había previsto anteriormente, sino a una estrepitosa victoria del liberalismo económico y político". Esta es su visión del pasado y del presente. Leamos su prospectiva, su visión para el futuro: espíritu del mercado común no cesará de reforzarse en las relaciones internacionales y la probabilidad de un conflicto a gran escala entre estados no cesará de disminuir".

Por lo visto, Fukuyama contaba tres elementos fundamentales para delinear una historia distinta: el carácter cíclico de su desarrollo; su continuidad a partir de la "victoria estrepitosa del liberalismo" y la probabilidad del cese de conflictos internacionales, todo esto dentro de "un proceso de orden y coherencia". Tales previsiones o hipótesis derivando un deseo profundo, poco explícito pero alineado en la esperanza de que la historia sea "otra". Continuemos la lectura en otra parte de su trabajo: "Es cierto que los estados occidentales desarrollados continúan manteniendo sistemas de defensa y, durante todo el periodo de la posguerra se han llevado a cabo vigorosas luchas de influencia para hacer frente a la amenaza comunista mundial. Pero este comportamiento era motivado por una amenaza exterior, que emanaba de estados dotados de ideologías abiertamente expansionistas; ésta no existiría en ausencia de tales estados".

Si tal es el deseo de una historia benévola, sin paroxismos de violencia ideológica y sin el apocalipsis de una guerra nuclear, el desarrollo cíclico de la historia habrá de depender, definitivamente, del fin de las ideologías expansionistas. ¿El liberalismo, expresión política y económica del capitalismo, es una ideología centrípeta, que no se expande con "vigorosas luchas de influencia" que frecuentemente han llegado a la guerra? El delineamiento de "otra" historia

basada en el fin de las ideologías expansionistas, manteniendo la imperturbabilidad de su análisis, le habría llevado a Fukuyama a consecuencias imprevisibles.

Si la cuestión radica en la abolición de la violencia ideológica y en el deseo de que ciertos estados abandonen la escena internacional, la búsqueda de otra historia implica el rechazo de la historia política erigida en historia universal error terrible y arraigado que Kari Popper condena en términos drásticos. “Esto es, creo yo –dice Popper– una ofensa contra cualquier concepción decente del género humano y equivale casi a tratar la historia del peculado, del robo o del envenenamiento como la historia de la humanidad. En efecto, la historia del poder político no es sino la historia de la delincuencia internacional y del asesinato en masa”. Luego Popper agrega: “Una historia concreta de la humanidad, si la hubiera, tendría que ser la historia de todos los hombres. Tendría que ser la historia de todas las esperanzas, luchas y padecimientos humanos” (“La sociedad abierta y sus enemigos”, Buenos Aires, 1967, T. II, pp. 385-386).

En la supuesta búsqueda Fukuyama encontró señales que no alteran las proyecciones de una nueva historia del poder político; por el contrario, contribuyen a justificar el inicio cíclico de una época, ocupada por el “estado universal homogéneo”, donde “no hay necesidad de generales o de hombres de estado”. Es aquí donde a Fukuyama le sucede lo que le sucedió a Colón: la búsqueda de una historia benévola, sin ideologías expansionistas, tropieza con el hallazgo de un fin parcial de la historia, un fin reservado sólo a una parte de los pueblos del orbe. Y es también aquí donde el descubrimiento se transforma en diseño destinado a reflejar y estimular el desacoplamiento de la historia universal. ¡Qué distinto habría sido su descubrimiento, si hubiera ayudado a diseñar el cese de todas las luchas y padecimientos de todos los hombres y pueblos del mundo!

La abigarrada complejidad del mundo actual requiere de una nueva y posible representación conceptual y pragmática de su historia. Para tal requerimiento el diseño no ha de consistir sólo en el esbozo de naciones y estados inertes, que sería la representación lógica del fin de la historia política, sino en la producción reflexiva, calibrada, de una realidad que represente la estructura y funcionamiento de un mundo apetecido. Desde este punto de vista, el diseño de Fukuyama para el fin de la historia consiste en deslindar sociedades sustentadas en la dinámica expansiva del liberalismo económico y político, articuladas en la desideologización de sus relaciones internacionales y movidas por la cultura consumista. Esas sociedades formarán un todo, serán las “provincias más avanzadas de la civilización humana” y le darán sentido el “estado universal homogéneo”.

Ante la realidad de los hechos, el diseño del fin de la historia configura dos mundos o ámbitos espacio-temporales. Uno de ellos “emerge del otro lado de la historia”, la ha terminado y comienza a realizarse en la “posthistoria”; el otro, sin más méritos que su “empantanamiento”, su fundamentalismo o su nacionalismo y sus luchas étnicas, permanece en la historia, en la trágica historia que describe Popper. A propósito de esta escisión, Fukuyama afirma con rotunda claridad:

“Es evidente que la gran masa del Tercer Mundo permanece profundamente empantanada en la historia y que seguirá siendo un Jugar de conflicto durante largos años”.

Estos mundos separados en la representación del diseño seguirán vinculados en lo que atañe a sus intereses y necesidades. Resulta pueril suponer que esta vinculación será benévola. Fukuyama también es claro al respecto y escribe: "Esto (el fin de la historia) no implica de ninguna manera el fin de los conflictos internacionales. Pues en tal caso, el mundo sería dividido en dos partes: una que sería histórica, la otra que sería posthistórica. Un conflicto entre dos estados situados aún en la historia, o entre estos últimos y los que se sitúan en el fin de la historia sería incluso posible”.

La lectura de la transcripción que antecede revela una previsión parcialmente optimista y verosímil. Para los países de la posthistoria se descarta la posibilidad de conflictos entre ellos, pero no cesarán los conflictos “en” y “del” Tercer Mundo, "empantanado en la historia". ¿A quién le interesa conservar ese estado de cosas? El diseño es elocuente y no necesita comentario. La historia cautiva del Tercer Mundo seguirá siendo la madre de los saqueos, agresiones, genocidios y ecocidios que, con eufemismo, significan “posibles conflictos”.

Entre estos mundos opuestos, irreductibles uno al otro, el fin de la historia se hace problemático para los países socialistas. En el diseño del futuro posthistórico "al estado de conciencia anterior", según Fukuyama, juega un papel decisivo. Muchos de sus acompañantes están en la experiencia: la derrota material e ideológica del fascismo y el comunismo, "dos desafíos mayores que ha conocido el liberalismo". Aunque coloca ambas ideologías en el mismo platillo de la balanza, el autor marca diferencias. El primero ha sido derrotado “en un plano muy material”, en tanto que el comunismo “solución de recambio al liberalismo mucho más seria”, actualmente "ejerce una influencia más reducida que en ningún otro momento”, al punto que “...como en Polonia, el marxismo-leninismo está muerto en tanto que ideología movilizadora”. En este orden de cosas, subraya la situación “desacreditada” del marxismo y el "fracaso monumental del socialismo”; comenta la reforma china y la perestroika soviética y anota que estos países son "responsables de la mayor parte de la política mundial”.

No obstante su diagnóstico demoledor del socialismo marxista en el mundo, su análisis le conduce a una situación: "La verdadera cuestión para el futuro, dice Fukuyama, es sin embargo saber en qué medida las élites soviéticas han asimilado la conciencia del estado universal homogéneo". Al reducir el futuro posthistórico a un cambio de mentalidad en las élites de otra super-potencia, el autor introduce un giro de 180 grados y deja ver que el fin de la historia para los países socialistas, en especial para la URSS, puede ser una cuestión de consenso o decreto. A propósito de este giro, leamos: "Supongamos por un instante que el marxismo-leninismo deje de ser un factor determinante en la política exterior de estos estados", "perspectiva que si aún no está realizada se ha convertido en verdaderamente posible”. Con este supuesto esperanzado,

Fukuyama afirma: "La inteligencia liberal, agrupada alrededor de Gorbachov, habrá llegado en un lapso extraordinariamente corto a compartir la opinión de que la historia ha terminado".

¿Qué pensar ante esa expectativa? Es el mismo autor quien contesta: "La Unión Soviética se encuentra en una encrucijada: puede recorrer el camino que han abierto los estados de Europa accidental, camino que una gran parte del Asia ha seguido ya; o bien puede realizar su singularidad y quedar sumergida en la historia. Su decisión será muy importante para nosotros, teniendo en cuenta la extensión de la Unión Soviética y su poder militar, pues este último continuará preocupándonos y retrasando la toma de conciencia del hecho que hemos ya emergido del otro lado de la historia". Me parece que con esta última afirmación ("hemos ya emergido..."), Fukuyama deja pensar que sólo Estados Unidos ha llegado a la posthistoria y que todo el mundo "debe tomar conciencia" de este hecho, de esta advertencia. ¿Es ésta una suposición excesiva? ¿Hay error al reconocer el espíritu que está presente en ese diseño del futuro? Abreviando toda consideración accidental o contingente, puede suponerse que Irak ha sido el primero en no "tomar conciencia" de esa advertencia que llega desde el otro lado de la historia.

III

La distinción entre lo esencial y contingente de la historia universal, según el artículo de Fukuyama, permite "percibir sombríamente que un proceso muy importante está en vías de ponerse en marcha". El autor, ante ese proceso, escribe: "Y bien puede ocurrir que a lo que asistimos no sea solamente el fin de la guerra fría o de una fase particular de la posguerra, sino al fin de la historia en tanto tal: el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal accidental como forma final del gobierno humano". En esta proposición entrecomillada radica el "summum" de su tesis. Para sustentarla recurre al pensamiento de Hegel, tamizado en la interpretación didáctica de Alexandre Kojève. En su labor exhumatoria invalida el pensamiento de Marx, exalta el poder de las ideas, rescata el esfuerzo de los intelectuales franceses por sustraer a Hegel de sus interpretes marxistas y, como dice Fukuyama, "para ponerlo en su justo sitio: el del filósofo que habla más atinadamente de nuestra época".

En el desarrollo de su tesis insiste varias veces que Hegel proclamó el fin de la historia en 1806 porque "vio en la victoria de Napoleón en Jena la victoria de los ideales de la Revolución francesa y la universalización inminente de un estado que realizaría los principios de libertad e igualdad". Sin cuidarse mucho de la fragilidad que tienen las frases proféticas, deja ver que quienes rescataron el mensaje de Hegel no fueron los países y estados que hicieron guerras y revoluciones" después de 1806 sino Alexandre Kojève, quien, según Fukuyama, rehabilitó la

proclama del fin de la historia y el estado anunciado por el filósofo, dándole el nombre de "estado universal homogéneo". Apoyado en la hermenéutica del gran maestro ruso, el autor afirma que "el estado que emerge en el fin de la historia es liberal". Este estado, sublimado por Kojéve como "estado universal homogéneo", está lleno de virtudes: "...ha encontrado su perfección en los países de Europa Occidental de la posguerra (...) cuyo proyecto más heroico fue crear un mercado común"; "puede resolver todas las contradicciones y todas las necesidades humanas"; "es el creador de la cultura del consumo, convertida en (su) símbolo y apoyo". Tal entidad, en la tradición aristotélica, tendría un nombre: entelequia, sinónimo de perfección. Todos sabemos que las únicas entelequias posibles son Dios, objeto de la metafísica aristotélica y la teología, o la naturaleza, objeto de la tradición spinozista y en cierto materialismo.

El nervio teórico de toda su reflexión consiste en reiterar que la historia termina cuando fenece la evolución ideológica de la humanidad. Fukuyama escribe: "Pare Kojéve, como para todos los buenos hegelianos, comprender los procesos profundos de la historia exige comprender la evolución de la conciencia y de las ideas, puesto que al fin de cuentas, es la conciencia la que remodela el mundo material a su imagen. Decir que la historia ha conocido su término en 1806, significa que la evolución ideológica de la humanidad se consume con los ideales de la Revolución americana y francesa". Con esto el autor cree firmemente que la historia, dos siglos atrás ya llegó a su tiempo absoluto.

A propósito de estas cuestiones "hegelianas" Fukuyama argumenta que se ha malinterpretado su trabajo. "La malinterpretación primera y más común –dice el autor a sus críticos– consistió en la permanente incapacidad para entender o aceptar el uso que Hegel daba el término *historia*". Esta argumentación es, quizás, la menos pertinente, porque no se trata de entender a Hegel sino a Fukuyama, para atenerse al uso que él le da a este término en el descubrimiento y diseño del fin de la historia. En este punto, seguramente, todos o casi todos sus lectores han entendida al lúcido analista que ha evitado en su artículo el mínimo asomo de espesura conceptual.

En el diseño del fin de la historia en la etapa o periodo actual que es lo único previsible, para tranquilidad de los "buenos" hegelianos, la filosofía de Hegel ha sido entendida como corresponde. La densidad de sus propias obras y los miles de libras y trabajos escritos sobre su vida y sus ideas aseguran su pertinencia y comprensión. Precisamente porque ese pensamiento está a salvo –y por su pertinencia– tiene importancia capital recordar un famoso pasaje de su *Filosofía del Derecho*, donde Hegel, sin hesitaciones ni ambigüedades, dice: "En cuanto al individuo, cada uno es inevitablemente hijo *de su tiempo*. Por lo tanto la filosofía es también su época captada en pensamientos. Es tan tonto (töricht) suponer que alguna filosofía trasciende su mundo presente como creer que un individuo salta fuera de su tiempo...". Con esta tesis Hegel renuncia a hablar, atinadamente o no, de nuestra época y de otras que pueden sobrevenir.

En su marcha aclaratoria, Fukuyama puntualiza: "El segundo conjunto de malinterpretaciones con respecto a mi artículo se halla vinculado a cómo fue relacionado de una manera u otra con las políticas actuales de la Administración Bush. Quizás no baste señalar que el artículo fue concebido y redactado mucho antes de que tuviera ninguna intención de incorporarme a la Secretaría de Estado (...) Me siento constantemente sorprendido ante la estrechez de miras de la clase política de Washington (...) que no puede comprender que existen temas más importantes e interesantes que la agenda sobre política exterior de una administración determinada, a pesar de lo trascendente que pueda parecer en el momento. El problema más fundamental que yo intentaba tratar era la verdad y la conveniencia del liberalismo en cuanto tal, una cuestión que, estoy seguro, sobrevivirá a la Administración Bush y, en realidad, a la mayoría de sus sucesoras".

La aclaración transcrita es suficientemente ilustrativa y podría no necesitar comentario alguno; sin embargo, es la que revela con mayor fuerza el papel de los reactores ideológicos, concepto que aparece en otra parte de este trabajo. No hace falta estar incorporado a una dependencia estatal para desempeñarse como un ideólogo que orienta el pensamiento y la acción del sistema ("...existan temas más importantes e interesantes que la agenda..."). En mi criterio, la explicación de Fukuyama es inobjetable. Se puede estar detrás o delante, en la base o en la cima, fuera o dentro del sistema. Todo esto es una cuestión circunstancial que no afecta en nada al igualitarismo del poder, la riqueza y la fuerza; por el contrario, refleja la pregonada homogeneidad ideológica de la sociedad estadounidense. Justamente porque estas estructuras prevalecen en su seno pueden darse coincidencias y simbiosis entre el pensamiento individual y el pragmatismo despersonalizado del estado, sin menoscabar el mérito de los productores de ideología o reactores ideológicos.

Es evidente, a todas luces, que el artículo ha sido escrito mucho antes de la guerra del Golfo Pérsico; sobre esto no hay duda posible; sin embargo, lo sorprendente consiste en que sus argumentos han adquirido pleno sentido en los últimos meses, particularmente en las seis semanas contadas a partir del 17 de enero de este año, tiempo en el cual los personajes de esa guerra hicieron todo lo necesario para confirmar sus tesis. ¿No se enfrentaron en esa guerra los países de la posthistoria (léase Trilateral ampliada con otros miembros potenciales) con un país "empantanado" en la historia? ¿No luchó el liberalismo (léase capitalismo) por la economía de mercado para controlar los recursos energéticos desde "el otro lado de la historia"? ¿No se ha invocado un "nuevo orden mundial" (léase estado universal homogéneo) para castigar una agresión, estigma atribuido exclusivamente a los países históricos y del cual –hagan lo que hagan– están exentos los del "otro lado de la historia"? Un inventario cuidadoso de los componentes ideológicos de esa guerra conduciría a una sugestiva comprobación de su correspondencia con la ideología que sustenta el artículo sobre el fin de la historia. Justamente por ser tal, hay que entenderla como "filosofía" de la historia renovada del poder político y, esencialmente, como un producto de la época que vivimos. Es aquí donde hay que entender a

Hegel y también a Fukuyama, en lo que atañe al individuo como "hijo de su tiempo" y a la filosofía como "su época captada en pensamientos".

"Un malentendido ligado al anterior –dice Fukuyama– se refiere a mi concepción de la relación entre los sucesos en el dominio de las ideas y los que ocurren en el mundo real". Luego agrega: "En este punto admito que podría haber sido más claro. Cuando dije 'lo ideal gobernará el mundo material del futuro', no quería dar a entender que el proceso fuera fácil o automático, o que pudiera tener lugar sin la intervención activa de gobiernos e individuos". Esta tercera "capa" de malinterpretaciones, no obstante su sentido críptico, deja al descubierto la lógica del "otro lado de la historia", posthistoria o fin de la historia, tres conceptos que dicen lo mismo cuando se trata de un descubrimiento, o tres perspectivas del diseño de un futuro.

A pesar de sus impugnaciones al pensamiento de Marx, el autor vuelve al meollo del marxismo en materia de ideología. Hay que recordar que en *La Ideología Alemana* se ha explicado suficientemente que es indemostrable la existencia de un pensamiento que se desarrolla desde toda una eternidad no se sabe dónde, pero, desde luego, fuera de un cerebro que piensa. Para que ese pensamiento ("lo ideal" de Fukuyama) gobierne el otro lado de la historia ("mundo material del futuro") se requiere la acción práctica y concreta ("participación activa") del estado y de la sociedad ("gobiernos e individuos"). En otros términos para que "lo ideal gobierne el mundo material del futuro" se requiere de la materialidad del poder, la presencia y ejercicio del poder político, dimensionado a través de una diversidad de mecanismos, órganos y agentes que incluyen a políticos y generales que Fukuyama, quizás recordando a Platón que expulsó a los poetas de "La República", los había expulsado del "estado universal homogéneo". Obviamente, hay también generales y políticos que pueden ser poetas.

El ideal que gobierne al mundo material del futuro determinará que el fin de la historia deje de ser "un estado de conciencia anterior" y se convierta en conciencia remodeladora del mundo a su imagen y semejanza; entonces, bajo el poder del "estado universal homogéneo" que puede resolver todas las contradicciones y necesidades humanas, como dice su autor, con el fin de la historia, no será necesario que todas las sociedades liberales tengan éxito., bastará que renuncien a su pretensión de representar formas diferentes y superiores de la organización humana". Si el liberalismo del fin de la historia exige que no se piensen ni representen otras formas "diferentes y superiores de la organización humana", tropezamos con algo muy grave: el liberalismo, para sobrevivir, debe reprimir la capacidad racional del hombre. ¿Qué sentido tiene hablar de democracias en el otro lado de la historia? ¿Democracia liberal, totalitarismo? Prefiero callar ante esta pregunta que también puede ser un dilema. ¡Ay, de aquel que disienta en el liberalismo posthistórico!

IV

¿El fin de la historia? Esta vez la pregunta es mía. Quiero responderla como un cautivo de la historia del Tercer Mundo, como cualquier otro también cautivo de la suya. En lo que queda del siglo y del milenio vivimos más historia que nunca. Unos la viven con sus logros y ensimismamientos y otros con los sollozos que provoca el subdesarrollo. En este contraste, la lectura del trabajo de Fukuyama, lúcidamente parcial y prevenido, me ha enseñado a no querer que la historia termine en la forma que él anticipa, explica y justifica.

Vivir más historia no significa vivir más pasado. Para decirlo en otros términos, significa ser testigo, actor o víctima del acaecer humano. Vivir más historia implica estar en el transcurso de los acontecimientos, soportar sus efectos, asimilar las incoherencias evolutivas de la organización humana. Por ello también implica vivir más futuro en un presente que amalgama la vida, el tiempo y el sentido que tiene el quehacer humano para compartir un destino.

Eso del "fin de la historia en tanto tal" no se resuelve tan fácilmente recurriendo al "punto final de la evolución ideológica de la humanidad". No hay pruebas de que tal hecho se haya producido. La historia seguirá su movimiento aunque nos instalemos en otra galaxia. Nuestra vida seguirá siendo historia y nuestra evolución ideológica será reflexión de esa circunstancia, será nuestra época "captada en pensamientos". Hay que entender la vocación social del hombre como vocación para hacer historia. Lo demás viene por añadidura. Habrá historia mientras haya vida socialmente organizada. El "post" de la historia será cuando ocurra la muerte generalizada de la especie. De esto no se puede hablar con soltura de cuerpo, ni siquiera como hipótesis o premisa para probar lo indemostrable.

Se habló hasta la exasperación del este y del oeste como de dos entidades opuestas, competitivas y animadas de una agresividad recíproca. Ahora es más significativo hablar de una línea entre norte y sur, regiones donde se concentra la riqueza y se esparce la pobreza, respectivamente. ¿Se seguirá hablando de estas partes de la esfera terrestre, cosificando meridianos y paralelos? Insistir en ese discurso antagónico equivale a aceptar que la historia de un segmento del planeta es también la historia del otro.

Un egoísmo colectivo (si así puede llamarse una corporatización "sui generis" de logros e intereses, codicias e ideologías, bienes y tecnologías, etc.) marca otro deslindamiento: lo moderno y lo posmoderno, lo histórico y lo posthistórico. De esa dualidad dimana un estado de ánimo impregnado de cinismo y desprecio. En su excitación, las sedicentes sociedades postindustriales, todavía incipientes ante los parámetros de un desarrollo lleno de incógnitas, piensan que han llegado a un estado de gracia que no debe ni puede ser compartido. Para ellos el cielo posmoderno y posthistórico no es un condominio. Con voces persuasivas o miradas castrantes,

con estrategias fulminantes o violencias fatales inducen a que otros países, otros pueblos y otras culturas asuman actitudes de acatamiento, subordinación y resignada paciencia, ante las desigualdades creadas por la historia. Tal es la historia cautiva del Tercer Mundo y dentro de ese cautiverio América Latina tiene un lugar conspicuo.

¿Puede demostrarse que la postulación de la democracia liberal es la última palabra en la evolución ideológica de la humanidad? No se ha demostrado que el espíritu habla por una raza o una nación, por una ideología o un sistema, pero si puede demostrarse cada día que las postulaciones ideológicas son hechura de las necesidades e intereses humanos. Estos atributos de la grandeza y miseria del hombre seguirán postulando nuevas formas de organización y desarrollo de la producción y la libertad. ¿Es compatible la democracia con el liberalismo? El lenguaje todo lo permite, hasta adjetivar la democracia y llamarla "liberal". Pero no por ello la democracia modifica a su adjetivo, ¿o sí? El liberalismo tendría que sufrir un radical proceso de mutación para ser democrático. Lo demás es logomaquia intencionada.

No confundamos el aparente triunfo del liberalismo con la oculta derrota de la democracia. Mientras aquél avanza encaramado en una economía de mercado que conviene a pocos, ésta retrocede asistida de derechos, bienes y valores que todos necesitan. El liberalismo crea un sistema donde el triunfo de unos se afirma en la derrota de otros; la democracia forja una cultura asentada en la plenitud de hombres, pueblos y naciones. Quizás ya sea tiempo de estudiar al liberalismo neonato con los instrumentos de la prospectiva, porque todos sabemos que la historia marcha con y sin economía de mercado.

El marxismo "desacreditado", "muerto", etc. tampoco es la última palabra en la evolución ideológica de la humanidad, al menos así lo reconocen quienes no han desvirtuado esta ideología rebajándola al nivel de una artesanía rutinaria. ¿Es la física de Newton la última palabra en la explicación de la naturaleza? La física atómica ha demostrado que no, pero no la ha batido en derrota. Fukuyama habla de "una herencia ideológica de la humanidad" y de "la herencia estorbosa del marxismo". El marxismo forma parte de esa herencia, por muy estorboso que pueda ser. En el conocimiento de la naturaleza y la sociedad, por tanto de su historia, los descubrimientos ideológicos son válidos por la energía que deflagran; por ello pueden romper resistencias que aparentan firmeza indestructible. Tal es el caso del marxismo, a pesar de sus crepitaciones actuales. Todo depende del uso que se haga de él. Aunque cuesta creerlo, por ahora, el capitalismo ha aprendido de su riqueza explicativa y operacional.

No obstante su asombrosa fertilidad, el sistema hegemónico, pertrechado para perpetuar la dicotomía del desarrollo y subdesarrollo –estigma del capitalismo– no ha fecundado una teoría, y menos una práctica, que logre cicatrizar la realidad de este mundo dividido, cruzado por fronteras visibles e invisibles, reales o ficticias. Esto demuestra que la evolución ideológica de la humanidad

no ha llegado a su término. El "espíritu universal" de Hegel no ha dicho su última palabra y no podrá hacerlo. Vive en la eternidad y la eternidad no es un bien de la historia.

¿Ha terminado la historia? Esta vez la pregunta es ajena. La historia seguirá su marcha, a pesar del desacoplamiento perseguido y propuesto. Los miles de millones de hombres seguirán construyendo un mundo dividido en países desarrollados y subdesarrollados y por mucho tiempo. Pero esto está lejos de escindir al planeta en países que puedan salir de la historia y otros que sigan empantanados en ella. La historia es del pantano y del esplendor atómico; seguirá surgiendo del pasado, y del presente que se hace pretérito, para precipitarse al futuro. En esa marcha, quizás el "entretenimiento perpetuo del museo de la historia de la humanidad", expresión feliz de la estética historiológica de Francis Fukuyama, se enriquezca con la contemplación de una sala de logros y fracasos del liberalismo posthistórico, pero entonces –también quizás– ya nadie se tome el trabajo de cuidarlos.